

Lunes IV del TO
Ciclo B



29 de enero de 2024
2Sam 15, 13-14.30;16, 5-13
Sal 3
Mc 5, 1-20
P. Eduardo Suanzes, msps

«*Al otro lado*» es más allá de los límites de Israel. Jesús aparece varias veces traspasando esos límites, entendidos no sólo geográficamente sino simbólicamente. Los límites nacionales, de grupo o de casta, quedan rotos ante lo indiscriminado del amor que Dios es. Esto implica un riesgo: ser mal visto o tachado de "impuro" (estar "fuera de lugar", de lo correcto, de lo establecido, de lo "justo"). Pese a que Jesús llega con los discípulos, éstos desaparecen del relato (por sus resistencias a romper los límites propios mostradas en el pasaje de la tempestad). Jesús queda solo, como modelo del comportamiento a seguir.

Ya no estamos en el ámbito de la religiosidad judía sino en ámbito pagano. Y allí también hay «poseídos», sin espíritu propio, también hay rotos-alienados. Se apunta, así, que el dolor y la postración están por todas partes, y que la necesidad de sanación es universal.

La presentación del poseso es muy dramática y plástica. Llamen la atención las repetidas referencias a la muerte (*sepulcros*) y a la opresión (*atado, cadenas, grilletes*). El hombre sale-de y vive-en los sepulcros: es un ser vinculado a la muerte, es un muerto en vida. Tres veces se repite después la palabra «cadenas» y dos «grilletes»: es un esclavo, un no-libre atado a la muerte por un sistema que le mata como persona. Otros le han atado («*muchas veces le habían atado con cadenas y grilletes*»), pero esa represión no arregla nada («*él había roto las cadenas y los grilletes*»), pues la situación de opresión que padece sigue viva¹. Estamos ante una posesión que expresa indirectamente el rechazo-rebeldía a una opresión social.

Dramáticamente se expresan aquí los efectos de tal opresión: angustia, daño, dolor, hundimiento, locura e inhumanidad. La patética descripción de este hombre roto, enajenado y sufriente, es radicalmente opuesta a la del plan divino de la creación, cuando Dios puso al hombre en pie, como su imagen, en el centro de la creación.

La maldad, lo que oprime al hombre, es tenaz: insiste en seguir dominando: «*no me atormentes*» = déjame en paz, déjame que siga ejerciendo mi dominio. El espíritu reconoce en Jesús la presencia de Dios («*Hijo de Dios Altísimo*») y trata de, escaparse de ella porque el plan divino es que tal opresión y alienación desaparezca y no postre al hombre (por eso Jesús le ha dicho: «*sal de este hombre*»). Se ve aquí la ironía de que el espíritu impuro se convierte en exorcista invocando el nombre de Dios («*te conjuro por Dios*»). Es la perversión del poder que trata de utilizar al propio Dios para sus fines de permanecer ejerciendo su dominio.

¹ El término «*pedais*» (grilletes) usado por Marcos, es distinto al de cadenas para delitos comunes y connota cautiverio a merced del poder de otros.

Se inicia aquí un diálogo con el poseso. A diferencia de los gerasenos que lo ataron y echaron Jesús no usa la violencia, no huye de él, ni teme incurrir en impureza. Hablar con él implica acoger su drama, y es el inicio de la sanación.

De nuevo plásticamente queda definida la universalidad de la opresión. En el texto, «*Legión*» alude a «muchos», es decir a la universal presencia del mal que oprime y postra al hombre. También es un nombre militar romano, símbolo de la opresión que ejercía este imperio en el mundo entonces conocido. Los sistemas de dominio, su violencia, la fuerza de sus armas, causadoras de dolor y muerte, son mostrados como demoníacos, o sea, opuestos a lo que Dios quiere²

¿Cabe tal opresión, tal fuerza destructiva del ser del hombre, dentro de un mundo entendido según la voluntad de Dios, es decir en el Reino de Dios? La respuesta negativa viene dada plásticamente en este diálogo y en los sucesos consecuentes.

Los cerdos pacen al pie del monte, no en el monte (lugar tradicional de la presencia de Dios en la Biblia), pues son paradigma de los animales impuros, según la fe israelita (no así para los habitantes de esa zona). Los espíritus piden entrar en los cerdos, es decir, se les identifica con ellos. La opresión, lo que ata y postra al hombre queda identificado de nuevo como impuro, como «no de Dios». El destino de tal mal, de tal opresión, por tanto, no es el ámbito divino, ni el ser humano habitado por Dios, sino el abismo. Según viejas tradiciones bíblicas, el mar es donde habitan los seres que simbolizan mitológicamente el mal; ese es, pues, el sitio para la opresión y lo que aliena al hombre; su sitio no es el ser humano. Para expresar esto se recurre a la imagen de los cerdos lanzándose al mar y siendo tragados por él, que evoca otra imagen militar muy presente en la cultura bíblica: la del ejército del faraón opresor que, en el libro del Éxodo, es sepultado por las aguas.

Los guardianes de la piara de cerdos (vinculados, por tanto, a lo que éstos simbolizan: al poder, impuro y alienador) alertan a la ciudad, sede del poder en la zona. Se insinúa un poder económico fuerte en lo elevado del número de cerdos de la piara (unos 2.000). Para ellos es una catástrofe; es una gran pérdida económica, pero también es una pérdida simbólica de todo poder, como expresa el bello y definitivo v. 15. Cuando llegan, ven al endemoniado «sin demonios», libre de la enajenación producida por su opresión.

Tres calificativos definen la situación que Jesús trae (la del reinado de Dios) para el hombre, que aparece:

- *sentado* (señor de sí, digno, no tirado por tierra),
- *vestido* (humanizado, no desnudo como un animal), y

² Algunos comentaristas toman este texto fundamentalmente como una denuncia de la opresión romana. El demonio se llama "legión" y va a parar a los cerdos. En esa época, una de las legiones romanas de Siria tenía **un jabalí** en sus emblemas. El texto expresaría la "estrategia agresiva indirecta" (posesión) de un nativo oprimido contra una potencia invasora; la tensión entre el odio del geraseno hacia los romanos y la necesidad de reprimir ese odio para evitar represiones, enloquecía a ese hombre. No obstante, sabemos por la Historia que las ciudades de la Decápolis no consideraban a los romanos como unos "colonizadores" en sentido moderno, sino como garantes de su autonomía y aliados para defenderles contra los pueblos vecinos, en concreto de los judíos, a quienes sí eran hostiles.

– *en su sano juicio* (sanado, cabal, consciente de su ser).

Tal imagen de dignidad humana contrasta con la del patético v. 5 («*andaba entre los sepulcros y por los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras*»). Este es el hombre cuando Dios reina con su amor (= cuando no reinan la opresión ni la postración), este es el hombre según la voluntad de Dios: un ser humano consciente, libre, digno, depositario y gozante del amor de Dios.

El choque entre las concepciones de los sistemas de dominio y la de Dios queda patente en la última frase del v. 15: «*se llenaron de temor*». La acción sanadora de Jesús trastoca y perjudica al orden establecido: materialmente (la pérdida de los cerdos) y socialmente (libera de la indignidad al que ha sido condenado a ser toda su vida un enajenado). Aquí, «temor» no tiene el significado de «respeto» (como en el bíblico "*temor de Dios*") sino de miedo a perder esos privilegios y a quedar en descubierto la opresión que ese sistema de dominio ejerce sobre ese hombre.

Por eso, los gerasenos piden a Jesús que se vaya, que les deje en paz. Es decir, piden lo mismo que los demonios. Con ello, el sistema de dominio que simbolizan queda irónicamente identificado con lo demoníaco, porque es el causante de la postración de este y de tantos hombres de la Tierra.

Jesús vuelve a la barca para continuar viaje. Su misión no ha terminado: símbolo del trabajo que queda por hacer para la liberación-dignificación del ser humano, de los hijos de Dios. El que estuvo atado, en un acto voluntario de libertad consciente, pide seguir con Jesús. Es el primer personaje del evangelio que toma la iniciativa para seguir a Jesús (a diferencia de los discípulos que han sido «llamados» por Jesús en otros pasajes previos). Pero Jesús le dice que se quede en su tierra, entre los suyos, anunciando esta «*buena noticia*» de la compasión (= padecer-con), de la identificación-amor de Dios. Así como Jesús vuelve a su tierra porque es necesario proclamar allí la buena noticia del amor liberador de Dios, este extranjero ha de quedar en la suya, donde también hace falta proclamar tal buena noticia. El sentido es que cada discípulo debe ser anunciador viviente de esta buena noticia en su ámbito.